

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 23. — Madrid 15 de Agosto de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Carta pastoral* del Excmo. y Rdmo. Obispo de Madrid-Alcalá. — *El crimen iruhanesco*, Valentín Gómez. — *El primer día en Roma*, impresiones artísticas, Francisco Guasch Homs. — *A mis hijas*, Juan de Dios Peza. — *Lección provechosa*, P. E. — *A Jesús Crucificado*, Enrique Juliá Hubert. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, cuadro del Ticiano. — Ticiano Vecelli, de Cadorra, pintó este cuadro en el período más brillante de su vida (1477-1576), rayando en él a la suma de su celebridad, pues sabido es que esta obra, tantas veces reproducida, es considerada como una de las mayores glorias de aquel genio del arte. El cuadro mide 6 metros 90 centímetros de alto y 3,60 de ancho. Perdido, según se cuenta, durante muchos años, fué descubierto por el pintor Cicognara en lo alto de una pared de la iglesia de los Frari, donde permaneció inadvertido. Después de varias vicisitudes, y cuidadosamente restaurado, se colocó en el Museo Veneciano, donde preside otros no menos valiosos lienzos místicos de Tintoretto, Veronés, Palma el Joven y Basano.

Ticiano, restaurador de la antigua escuela veneciana representada por Bellini, justifica en esta admirable composición su título de primer colorista de Italia, título que podría mantener en el resto del mundo si no tuviera que compartirlo con Rubens, Velázquez y Rembrandt.

La Iglesia celebra en este día la fiesta de la Asunción de la Madre de Dios, lo que nos mueve a conmemorarla con este grabado, muestra imperfecta, pero bastante a revelar la grandeza del original.

MONASTERIO DE VALLBONA DE LAS MONJAS, dibujos de Andrés Solá. — *Vista general del Monasterio*. — *El cimborrio*. — *Fachada a la plaza*. — *Claustros*. — *Puerta de la sala capitular*. — A simple vista de estos delicados y característicos apuntes, se descubre la importancia artística y el interés que despierta esta joya arquitectónica, no tan conocida como debiera serlo, por hallarse situado el Monasterio en apartado rincón de la provincia de Lérida. El Sr. Solá, escrupuloso en la reproducción de los monumentos, se valió para estos dibujos de las magníficas fotografías de la Asociación Catalana de excursiones científicas, con lo cual quedan garantizadas las copias de este precioso edificio.

LA DÉCADA



Al comenzar esta página de la *Revista*, trato de concentrar el pensamiento en cosas



LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, CUADRO DEL TICIANO.

placenteras, resumir impresiones agradables, dar expansión al ánimo, fatigado con tantas desdichas: vano empeño. Donde quiera que dirijamos la vista hay algo que tiende a turbar la paz del espíritu. La nota pesimista domina por todas partes. No hay tregua al dolor, ni los ecos del mundo traen auras consoladoras. Los vientos que corren recuerdan siempre al ciclón con sus fieros ímpetus. Francia lucha con sus huelgas; París con sus endémicos motines. La eterna cuestión del obrero que exige aumento de salario: los camareros de café que piden íntegras las propinas. Y en medio de esto, la asonada, el escándalo en la calle, la rebeldía en que sucumben los hombres. La vida pende de un hilo sutil y los hombres no lo advierten. Ahí está el comunista Eudes, general improvisado por figurar en las insurrecciones de 1870 y 1871, que saqueó el palacio de la Legión de Honor, después de haber asistido en él a tantas orgías.... Cuando en una reunión socialista exclamaba: «¡Baldón eterno para los ricos que no han querido oír los gritos de la miseria!» se le rompe un aneurisma y muere de repente. Su entierro ha ocasionado perturbaciones, desgracias y condenas de los insurrectos. Así se vive; así se muere en París.

* *

¿Y qué hay de otras partes? En Inglaterra el diputado Okelly es sentenciado a cuatro meses de prisión por sus discursos sediciosos. En la Florida se ha declarado la fiebre amarilla. Los insurrectos zulú penetraron en el territorio de Transvaal con muchos de sus partidarios. En Italia se ha descubierto una vasta sociedad de falsificadores de billetes de Banco. Las relaciones entre Italia y Francia no corresponden a la temperatura; se en-

frian..... En Sofía las partidas de secuestradores se apoderaron de muchas personas, habiendo recibido ya el rescate de los prisioneros. Pero soseguémosnos con el regocijo que á Don Luis de Portugal han de causar sus entrevistas con los Emperadores de Alemania y Austria. Descansemos. La Reina de Grecia ha dado á luz un niño. La madre y el niño siguen bien, gracias á Dios. El conciso telégrafo no dice más; las cartas sí; mucho que se omite por no pasar tanto el dedo sobre las cuestiones candentes, por no mantener vivas las universales inquietudes, ya que harto tenemos con nuestras llagas sociales para no pensar en las ajenas.

**

Oigamos lo que dice un avanzado y popular diario: « Los periódicos todos parecen gacetas del delito. La atmósfera es pesada, densa, irrespirable, el aire está enrarecido, el oxígeno casi no existe, y parece que en su lugar flotan ráfagas interminables donde pululan infinitas legiones de rojos microbios, que anidan en el corazón humano, lo atacan y lo destruyen. El ánimo del que lee y del que oye está cansado. La opinión parece caravana del desierto que apetece el oasis con afán próximo al desfallecimiento; pues todos llevan doloridos los pies, rendido el cuerpo, triste el pensamiento y angustiado el corazón. ¿Es que la humanidad ha de terminar con una lucha terrible y que ha comenzado el principio del fin.....? »

¡Ah! Si al cabo se pensara en un fin próximo cuanto parece más lejano; si se meditara sobre el crimen antes de cometerle, para luego no tener que llorarle; si los fieros instintos de la raza de soberbios se detuvieran ante el horror del futuro destino; si la sociedad sintiera alguna vez las palpitaciones de esa justicia, que no es la de la ley, sino la que puede ejercer por sí misma, mostrando en su conducta, en sus actos, el desprecio y la condenación del vicio; si ese desaliento, enervación, cansancio ó hastío que nos caracteriza se trocara en una saludable acción pública, en una liga social contra la costumbre perniciosa y el mal ejemplo; si desapareciera la personalidad, la influencia personal, que todo lo absorbe; si se borraran los nombres, cediendo su influjo á las ideas sanas, á las buenas doctrinas.....; si no hiciéramos héroes de un pedazo de lodo; si no se improvisaran honras para los necesitados de ellas; si no se llamaran eminencias á las simas en que frecuentemente cae el egoísmo; si el crédito se repartiera en relación con las acciones honradas y no se tuviera por muchos la honradez en menosprecio; si las faltas no crecieran al abrigo de la impunidad y de la simpatía, debilidad de carácter que crea tantos lazos ilegítimos; si la influencia, fácil para lo injusto, se empleara sólo en mantener la verdad y la razón, ¿cuánto no adelantaríamos en ese camino recto, por el que ya son contados los que andan? Cultivando los gérmenes vitandos de la sociedad, ¿qué pura, respirable y benéfica no se haría esa atmósfera viciada que nos envuelve? Hay rasgos nobilísimos, ejemplos elocuentes que proceden de todas las clases; hechos que por efecto de su misma sencillez no producen sensación; caracteres que tienen por primera virtud la modestia y pasan inadvertidos y no se les ve, porque el mundo en que vivimos semeja á un lago de fondo sereno y límpida corriente en que no hiere la vista más que lo que mete ruido, lo que bulle, lo que flota: cieno en la superficie y sapos en la orilla.

**

Hay un linaje de pobres que no piden siquiera la limosna del consejo y que son los más dignos de lástima: los incrédulos. Su volteriano acento anuncia que las Catedrales se van, dando á entender que con ellas se va la fe. La fe las creó, las mantuvo; si se caen, la fe las levantará: ¿La fe es acaso pa-

trimonio de las ranas que croan en la orilla? Viva ésta á despecho de la calumnia, del humorismo y de la sátira vulgar. Ahí está la fe, en el hogar que no conoce más que de oídas, la revista; en el corazón de las madres, de las muchas madres buenas que se ven reflejadas en sus hijos; en las prácticas y virtudes domésticas; en la hermosa labor católica; en el frecuentado templo, campo único donde la fidelidad y el amor echa verdaderas raíces. Ahí está la fe en los que practican la religión, descargan la conciencia, y en vez de ir á oír blasfemar, van á oír misa. Y á oír misa y á rogar á Dios por los pecadores van muchos que por este acto no aspiran al honor de verse citados por los periódicos; muchísimos más que los que en cualquier papel de envolver desprestigian á la religión. El templo no se hunde; la casa solariega del cristiano vive y vivirá, y si alguna Catedral se desmembra, lo cual prueba que aquí abajo todo es perecedero; lo cual demuestra la fugaz existencia del hombre, comparada con la de sus obras; los muros se reconstruirán; los altares se alzarán sin otros materiales que los que acopia el espíritu. Esta y no otra es la primera labor de la regeneración social, interrumpida y contrariada por el audaz materialismo.

**

Hemos entrado en un período tan vario de impresiones y de ideas, que el mundo, aunque lo disimule, teme más que goza; parecemos tiradores de armas, siempre en guardia contra esa estocada que no se sabe de qué lado, pero que seguramente viene. Buscamos la miel, y en ella encontramos mezclada la gota de hiel, algo que amarga siempre la anhelada dicha ó la trivial complacencia. En el teatro no suele reír ya más que el gracioso. En las fiestas populares la rutina se practica en silencio. Estuve la otra noche en el ameno Jardín del Retiro, donde había ópera que nadie atendía, música que nadie oía; en su mayor parte, los asistentes estaban allí como están las piedras donde las dejan. La concurrencia no era muy numerosa; en los otros espectáculos tampoco es grande; no hay, como en otro tiempo, abundancia de elegantes para los días de moda. Aquello me pareció una colección de aburridos que no sacaba jugo de la peseta. ¿Dónde se mete la gente? No se atropella tampoco en los paseos públicos. ¿Se habrá desparramado por las estaciones balnearias? En San Sebastián, punto siempre el más concurrido, dicen que hay la mitad de otros años. En los Bajos Pirineos escasean los españoles. ¿Dónde estarán? Tal vez escondidos en su casa. Nos saludamos diciendo: « Cuánto gusto tengo en ver á usted. » Nos despedimos con el consabido: « Ya nos veremos. » Y acaso no volvemos á vernos más. En esto de ver hay que hacer muchas veces lo que se llama la vista gorda.

Entre la escogida sociedad del Jardín del Retiro estaba la otra noche, departiendo amigablemente con algunos caballeros, la joven conocida por Lola la billetera.

Yo no la ví.

Fordesillas

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. Y RDMO. SEÑOR OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

Á TODOS NUESTROS AMADOS DIOCESANOS SALUD, PAZ Y BENDICIÓN EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



OR las ocupaciones extraordinarias que hemos tenido durante la Santa Visita Pastoral, que acabamos de practicar en los Arciprestazgos situados en la parte

más escabrosa y accidentada de nuestra Diócesis, no habíamos podido enterarnos, hasta que hemos regresado á esta Capital, de la sentida y docta Alocución pronunciada por nuestro Santísimo Padre León XIII en el Consistorio de 1.º de Junio último.

En ese autorizado documento declara Su Santidad en forma solemne que los artículos del nuevo Código penal, presentado por el Gobierno de Italia á los Cuerpos Colegisladores, para reprimir lo que injustamente se ha llamado *abusos del Clero*, no pueden revestir jamás carácter legal ni obligatorio, porque invaden los derechos y potestad de la Iglesia, se oponen á la libertad del sagrado ministerio y constituyen un grave atentado contra la dignidad de los Obispos, de todo el Clero y principalmente de la Santa Sede Apostólica, en tal manera que, ante los fueros de la razón, de la justicia y de la religión, *no puede ser jamás lícito ni establecerlos, ni aprobarlos, ni sancionarlos.*

En los susodichos artículos, que son el 173, 174, 175 y 176, se establecen severas penas contra los Sacerdotes *que censuren las instituciones ó leyes del Estado, ó los actos de las autoridades; contra los que exciten á infringir los deberes hacia la patria, ó turben la paz de las familias; contra los que practiquen actos del culto externo, contrarios á las medidas del Gobierno, y finalmente, el art. 101 castiga al que realice un acto dirigido á alterar la unidad de la patria ó someter parte de ella á dominación extranjera.*

Desde luego se comprende por la letra, por el espíritu y por la redacción vaga y genérica de esas disposiciones, que éstas van encaminadas á poner al Clero fuera de la ley común del país, y á someterle y dejarle abandonado á los odios, vejaciones y arbitrariedades de los funcionarios del Estado. Lo sustancial en esas determinaciones es asegurar y justificar á todo trance la ocupación de Roma y la usurpación de los dominios pontificios; y como sabe muy bien el Gobierno italiano que los que se oponen y han de resistirse á tales propósitos, de suyo inicuos, han de ser los buenos católicos, y principalmente el Clero que los guía y enseña la sana doctrina, de ahí el considerar como abuso y penar los actos de clase tan honrada, benemérita y fiel cumplidora de sus deberes, cuando en aquéllos llame á las cosas tales como son: al error, error; á la virtud, virtud; á la dominación del Rey de Italia en las provincias pontificias, grandísima iniquidad, y á las protestas y reclamaciones para que ese patrimonio apostólico vuelva al Romano Pontífice, notoria justicia y el uso legítimo de un derecho indiscutible.

Es necia ilusión de los gobernantes italianos creer que el Episcopado, el Clero y los católicos de aquel hermoso país han de cambiar las normas de lo justo, de lo honesto y de lo verdadero por temor á las penas y amenazas. Saben de memoria la biografía de los mártires, y cada piedra de Roma cristiana les recuerda el valor y heroica conducta que los mismos tuvieron ante los Césares paganos, y el triunfo tan completo que contra la crueldad de éstos alcanzaron; y ese ejemplo es una ciencia completa y sublime que enseña á los católicos de Italia cómo han de vencer á los tiranos de hoy, siquiera se llamen liberales, al pretender éstos que se cumplan las disposiciones del susodicho Código contrarias á la religión, á la Iglesia y á la misma rectitud natural.

Si las leyes existentes ó las presentadas á la deliberación de las Cámaras fueran justas, nadie pondría en duda el derecho del Gobierno italiano á establecer penas para sancionarlas, salvando siempre en su aplicación á los Sacerdotes el fuero eclesiástico que por derecho divino gozan éstos. Mas desgraciadamente son muchas las disposiciones que, con carácter legal, se han promulgado en aquel reino que, lejos de ser justas, son más bien un atentado contra los principios de justicia y contra los derechos inviolables de la Iglesia y de la Religión.

La ley del matrimonio civil, la incautación de los bienes de *Propaganda Fide*, la supresión de las Ordenes religiosas, la tolerancia de cultos y todas las referentes á la llamada *unidad italiana*, con otras muchas en que se menoscaban las prerrogativas y se ofende la dignidad de la Santa Sede Apostólica, son de suyo inicuas, y no solamente carece el poder legislativo de atribuciones para darlas, sino que se convierte en tirano al sancionarlas con penas.

Prohibir al Clero que enseñe que la unión meramente civil entre el hombre y la mujer es un concubinato ante los ojos de la Iglesia; que los usurpadores de bienes eclesiásticos, sobre cometer un gravísimo pecado, incurren en excomunión; que la prohibición ó mandato de la autoridad civil no son obligatorios cuando invaden la jurisdicción eclesiástica ó la religión, y finalmente, imponer castigos al que combata é impugne la *unidad italiana*, formada en gran parte de los dominios arrebatados violentamente al Pontificado, es un abuso cobarde del poder, y una persecución bárbara contra los Ministros de la Iglesia, para obligarlos á que tengan que subir las gradas del martirio si han de salvar su conciencia y la libertad de predicar la verdad evangélica.

No se concibe que á diez y nueve siglos de distancia puedan implantarse en un país, que se precia de informar todas sus instituciones en ideales democráticos, procedimientos brutales y draconianos, que sólo pudieron tener lugar cuando la personalidad humana, su dignidad y su conciencia eran sacrificadas al panteísmo absorbente del Estado ó á la voluntad de un tirano. Estaba reservado al Gobierno de Italia el triste privilegio de restablecer el despotismo de matar y oprimir con penas aflictivas la libertad de enseñar lo que es justo, honesto y verdadero, y de permitir á la vez y proteger la propagación del error, y de las funestas teorías de la anarquía y de la revolución. Con semejantes medios ni se sirve á la causa del orden, ni tampoco se promueve la paz, la prosperidad y la felicidad de la patria, sino que al contrario, se la conduce por camino real á su ruina, y se la condena indefectiblemente á un miserable decaimiento y á la más repugnante degradación. Por eso un ilustre diplomático decía: *Infeliz Reino aquel cuyas leyes son incompatibles con las de la Iglesia* ¹.

Esa desgraciada suerte está reservada á la Nación italiana, mientras al frente de sus destinos tenga Gobiernos que, inspirándose en odios sectarios, cometen la injusticia, á la vez que la tamaña torpeza, de perseguir al Pontificado, la más preciada de sus glorias; de despreñar las enseñanzas de la Cátedra Apostólica, en cuyo santuario hallan amparo todos los derechos, y luz todas las incertidumbres; y de mantener un conflicto habitual con el Sacerdocio, elemento poderosísimo para hacer á los hombres gobernables por medio de la virtud y del cumplimiento del deber, y para establecer y conservar el orden social.

Solamente los enemigos de Italia han podido aconsejar al Gobierno de ésta que consignara en el proyecto de Código penal los artículos mencionados, en donde, so pretexto de asegurar la integridad nacional, y de afirmar las instituciones patrias, sólo se pretende, en odio al Clero y al Jefe Supremo de la Iglesia, preparar un Kulturkampf italiano para impedir la predicación evangélica, para tener secuestrada la enseñanza de la Religión, para debilitar y extinguir su saludable influencia en las costumbres, para dejar expedita la acción destructora de las sectas, y para llegar al triunfo del ateísmo en todos los organismos de la sociedad.

Levantar ese estandarte de guerra en los momen-

tos actuales y frente á un Augusto Pontífice respetado de todos los poderes de la tierra, venerado por sus virtudes y sabiduría en todo el mundo, y amado hasta la exaltación del entusiasmo por todos los pueblos, sobre ser un acto impopular, injusto, odioso y lleno de ingratitud, es además un desacuerdo gubernamental altamente censurable, que no tiene semejante en la historia de las naciones civilizadas.

En reprobar esa conducta que desde hace bastantes años ha venido siguiendo el Gobierno italiano para con el Romano Pontífice, están de acuerdo, así los votos y opiniones de los católicos, como los testimonios y juicios de los heterodoxos. *La conducta del Gobierno italiano*, dice la *Gaceta Tudesca*, en sus relaciones con el Pontífice es *impolítica, violenta y deplorable*; la *Gaceta de Lausana*, órgano principal del Protestantismo en Suiza, *califica de necio el despecho de dicho Gobierno*; el *Morning Post* confiesa que los príncipes de la tierra y los jefes de las naciones obran sabiamente honrando á León XIII, Pontífice incomparable é ilustrado, cuyo superior espíritu y profunda erudición le ganan el respeto y admiración de todo el mundo. y finalmente, la *Nowoje Wremia* de San Petersburgo, que es el diario de mayor circulación en Rusia, á pesar de sus prejuicios cismáticos, contemplando la augusta persona de León XIII, no vacila en afirmar que es una gran potencia política que ha obligado á tratar con él á los Jefes de los Estados, que hacia mucho tiempo habian perdido el hábito de preocuparse del Sumo Pontífice ¹.

Si alguna duda pudiera haber sobre la verdad emitida por esos órganos de la opinión pública, que no pueden ser sospechosos al Gobierno italiano, enemigo de la Iglesia, quedaría desde luego desvanecida con sólo considerar la gran significación de los acontecimientos y solemnidades que han tenido lugar en Roma con motivo del Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre León XIII. Las calles y plazas de la capital del Catolicismo se han visto llenas de inmensa muchedumbre de creyentes, procedentes de todos los países, que acudieron allí para celebrar con solemnidad excepcional la gran fiesta del Padre amantísimo de la familia cristiana, y las vías todas que afluyen á la Ciudad Eterna no eran bastantes para dar paso á las riquezas de la naturaleza, el oro, la plata, las perlas, los diamantes, el marfil, el nácar y el mármol, ni tampoco para transportar los productos abundantísimos del trabajo, los cuales reflejaban en sus variadas y múltiples formas las maravillas del genio, de la industria y de las artes, figurando entre esos innumerables donativos de filial piedad, desde los ricos tejidos, bordados por delicadas manos de reinas y emperatrices, y las tiaras cubiertas de rubíes, zafiros y esmeraldas, hasta las manufacturas primitivas y rudimentarias de los indios y las pieles de las tribus salvajes del Río Negro.

Mayor aun que el valor de todos esos riquísimos objetos es la importancia de los testimonios de amor, veneración y respeto que, bien personalmente ó bien por legítima representación, por telegramas ó por escrito, fueron tributados al Papa León XIII por los fieles de todos los países y por los Jefes de las diferentes nacionalidades, encontrándose, al lado de Soberanos católicos, monarcas de diversas comuniones. El Emperador de Austria, nuestra augusta Reina Regente, el Emperador del Brasil, la Reina de los belgas, el Rey de Portugal, el Rey de Sajonia, el Jefe de la República francesa, el Rey de Grecia, los Archiduques de Baviera y Hungría, los Presidentes de las Repúblicas del Nuevo Mundo, la Inglaterra, los Emperadores de Alemania y Rusia, el Shah de Persia, el Sultán de Constantinopla, la Emperatriz de la China, el Em-

perador del Japón, los Príncipes de diferentes dinastías y hasta el gran Rabino de Alemania, todas esas eminencias é ilustraciones jerárquicas, desde el apogeo del poder, y en obsequio de la paz y del bien de sus pueblos, creyeron un deber de gratitud y de alta política el honrar al gran Pontífice León XIII, persuadidos de que en su augusta persona pagaban tributo de admiración á la virtud, robustecían el principio de autoridad, veneraban la santidad del derecho, honraban el saber y la ciencia, favorecían la causa común del orden, y estrechaban más las relaciones de armonía y concordia en todo el mundo.

(Continuará.)

EL CRIMEN TRUHANESCO

POR más que el ánimo imparcial y sereno quiera librarse de la manía general de ver todo lo presente de color negro y todo lo pasado de color de rosa (manía antiquísima en el linaje humano), no es posible desconocer que estamos presenciando espectáculos verdaderamente excepcionales, cuya significación delata un estado social abominable.

La generación que empieza á florecer, ni recoge buena herencia de moralidad, ni, por lo visto, la aceptaría tampoco sino á beneficio de inventario.

Es una perversidad tan enorme la que respiramos en la atmósfera; hay una falta tan absoluta de sentido moral, aun en aquellas clases sociales que tienen la pretensión de dirigir á las demás, que, si continuamos por este camino, dentro de poco no va á quedar ni rastro de cristianismo en nuestras costumbres, ni pizca de vergüenza en nuestros sentimientos.

¿Creerán nuestros lectores que esto lo decimos espantados por la calidad de los crímenes que recientemente se han cometido en nuestra patria? No. Los crímenes más horribles nos aterrorizan; pero no nos extrañan. ¿Cómo han de extrañarnos, si la historia humana comienza por dos crímenes: el de Adán contra Dios, y el de Caín contra Abel? Llevamos sangre de criminales en nuestras venas, y á pesar de la Redención, esa sangre, purificada con el Bautismo, no pierde la facultad de absorber de nuevo la ponzoña del crimen.

Raza de víboras, elaboramos nuestro veneno en cuanto podemos sacudir un poco el santo yugo de la ley de Cristo. En Adán despreciamos á Dios, que nos daba un Paraíso; en el pueblo hebreo le crucificamos cuando venía á redimirnos. Parricidas perpetuos, adoradores sistemáticos de toda infamia, glotoner de la inmundicia, ¿qué crimen habrá en el mundo que tenga el privilegio de maravillarnos? Todo robo, todo asesinato, todo incendio, toda violencia, por horribles que sean, no serán nuevos. Los anales de la humanidad están chorreando sangre y cieno, y si no fuera porque los grandes héroes de la virtud, privilegiados moradores de la ciudad de Dios, purifican con el aliento de su espíritu el aire corrompido de la historia, ¿quién sería capaz de descender al abismo de semejantes abominaciones sin asfixiarse?

Pero no se trata de eso. Se trata de los móviles que puede tener cada crimen y del matiz especial que cada época da á las más comunes iniquidades. En algunos períodos de la Edad Media, por ejemplo, el robo había llegado á ser cosa corriente aun entre los grandes señores feudales; pero aquel robo tenía cierto carácter guerrero, porque el bandido salía al campo con su gente armada á despojar á los caminantes, que á su vez iban también armados, y solían sostener verdaderas batallas campales; de modo que hasta los crímenes participaban entonces

¹ Nota del Nuncio Apostólico en Madrid al Ministro de Estado, en Mayo de 1891.

¹ *Osservatore Romano*, 26 de Enero de 1888.

del matiz caballeresco y belicoso que predominaba en la sociedad.

En los siglos XVI, XVII y XVIII, los bandoleros españoles solían ser devotos. Era una época de fe y ni los mismos criminales estaban exentos de la influencia religiosa que lo dominaba todo.

Ahora, los delitos no son únicamente delitos, son también vilezas, llevadas a cabo con un arte que denota en el ejecutor una inteligencia bastante serena y corrompida para concebir todo un plan bordado de infamias con el mismo deleite que siente el poeta al concebir el plan de una obra.

Se atan los cabos, se prevén las contingencias, se espera la ocasión oportuna, acaso se prepara la coartada, y por fin se comete el crimen con las circunstancias más perfectas de cobardía, de traición y de *tranquilidad de ánimo*. Diríase que la conciencia artística del malhechor queda completamente satisfecha de sí misma, después de haber terminado su hazaña con toda felicidad.

Antes el crimen podía ser oficio: ahora es un arte: dentro de poco, tal vez será ciencia.

¡Pero qué arte! A semejanza de lo que sucede en los demás, este arte busca ante todo y sobre todo el dinero. Aquel amor a la celebridad y, en cierto modo a la gloria que movía a nuestros más famosos bandidos a ponerse al frente de un puñado de hombres y desafiar a la justicia y a la fuerza pública, arrollándola en ocasiones, ha sido relevado por otro amor más positivo y más conforme con la índole de nuestras ideas y de nuestras costumbres: por el amor al oro. Y como la codicia es vil y cobarde, los nuevos malhechores aprovechan la obscuridad y el silencio para sorprender a la víctima y asesinarla de suerte que no quede rastro del crimen, y despojarla de su dinero, sin que nadie averigüe a dónde ha ido a parar.

El héroe del monte y del camino, el antiguo ladrón daba el nombre y la cara para que todo el mundo supiese quién era el autor de los robos. Hoy no: el criminal procura a todo trance que sus hazañas sean anónimas, y si es posible, que hasta el mismo crimen parezca efecto de un accidente fortuito o de una imprudencia de la misma víctima.

Como el fin que se persigue es el negocio, se trata de que los medios para lograrlo se asemejen a los que se emplean en los otros órdenes de la vida social. Hay muchos personajes que se crean una fortuna en poco tiempo, sin que nadie pueda probar que ha sido adquirida de mala manera. Pues a eso mismo tiran también los criminales de navaja y puñal; a hacer el negocio y no dejar rastro. Son discípulos más o menos aprovechados de muchos de esos astros de la riqueza, que nos deslumbran con el vívido resplandor de sus dorados salones, o nos aplastan bajo el acerado huello de sus caballos ingleses.

Sólo que por raro capricho de la pasajera moda, resulta que esos que quieren ser ricos por el camino más corto y a cualquier precio, aprenden las teorías del crimen en la escuela de lo *flamenco*. A esa escuela descienden ya hasta los hijos de familias distinguidas e ilustres. El sombrero ancho, la americana corta y el pantalón estrecho no son el uniforme de una determinada clase, sino la patente para llevar cierto género de vida. Así el chulo y el prócer, vestidos de la misma manera, se confunden en el café de *cante*, en el Colmado andaluz y en la taberna, estableciendo una encantadora igualdad de canallismo que suele sancionarse con el recíproco uso de la navaja de Albacete.

En esos sitios es donde se forman los criminales, sea cualquiera la familia a que pertenezcan, porque ahí se pierden todas las nociones de moralidad, de decencia y de decoro que hayan podido recibirse en los primeros años de la vida, para adquirir unos puntos de vista exentos de toda especie de religión

y de toda sombra de honradez. El vicio, en su aspecto más grosero e indecente, se desarrolla en esos sitios al influjo de mujerzuelas, no simplemente prostituidas, sino encenagadas en la infamia. El culto del vicio exige mucho oro, y como esas gentes no aprecian el oro por lo que cuesta, sino por los goces que proporciona, lo gastan a manos llenas cuando lo tienen, y cuando no, echan los bofes por tenerlo, de donde surgen los planes hábilmente combinados para cometer esos crímenes que luego la prensa noticiara explota, como interesante folletín imaginado por Gaboriau, Richebourg o Montepín.

Lo flamenco, es decir, lo truhanesco, imperando en las costumbres, reflejándose en el arte escénico y levantando su trono en las tabernas, ha venido a ser también, como no podía menos, el matiz característico de los crímenes de nuestro tiempo.

El negocio es el móvil del criminal, como lo es del político, del banquero y del escritor; pero este móvil está matizado por la truhanería. Y la truhanería es tan del gusto del público, que la mayor parte de los grandes éxitos que presenciemos en la política, en la Bolsa y en el arte no se deben a otra cosa que a lo truhanesco de su carácter.

Posible es que el público, al ver qué relación más estrecha van teniendo los matones *flamencos* de la política, los granujas bursátiles que juegan al *gana* y no al *pierde*, los autores de piezas canallescas y los criminales que roban y asesinan con pantalón estrecho y sombrero cordobés, vaya cayendo en la cuenta de que no debe aplaudir y enaltecer a los unos, si no quiere privarse del derecho de perseguir con su indignación a los otros. Y si así fuera, y además la autoridad pública se fijara un poco en el escandaloso número de tabernas que hay en Madrid, verdaderos focos de corrupción y de crimen, acaso podríamos esperar algún remedio a este mal, que amenaza convertirnos en sociedad de malhechores anónimos, cobardes y traicioneros, con los cuales se tendrían a menos de alternar los Jaime el Barbucho, los Andújar y los José María.

VALENTÍN GÓMEZ.

EL PRIMER DÍA EN ROMA

IMPRESIONES ARTÍSTICAS

I



El tren, expresión grandiosa de la vida moderna, creación de nuestro siglo, seguía veloz su carrera. Cuando desperté, los resplandores del crepúsculo matutino que anunciaban el nuevo día penetraban a través de los cristales en el departamento del vagón, en el cual me encontraba apoyado en el cerco de la ventanilla y envuelto con mi manta de viaje. Los cristales de las ventanillas estaban opacos, cubiertos por los vapores que en ellos se condensaban al contacto de la temperatura exterior. Consulté el reloj y la *Guía de ferrocarriles* que tenía a mano, deduciendo que no hacía mucho habíamos dejado la estación de Civita Vecchia.

Borré las huellas del sueño; limpié el cristal de mi ventanilla, sin correrlo por atención a mis compañeros de viaje, dos jóvenes sacerdotes alemanes, que envueltos con gruesos abrigos dormían aún. Fijé toda mi atención en el exterior: la proximidad de la Ciudad de los Césares y de los Papas, de la Metrópoli romana, un día señora del mundo, absorbía mi mente entera, anhelando el momento en que las primeras siluetas de la Ciudad de Rómulo aparecieran a mi vista.

La mañana estaba fría. Octubre tocaba a su fin. La atmósfera se había iluminado poco a poco, y

hacia Oriente asomaban los rayos del sol naciente, precursores de un día hermoso y espléndido. Era domingo y la naturaleza parecía estar también de fiesta, desplegando todas sus galas. Poco después el astro radiante inundaba de luz el territorio cruzado por la vía, que no era otro que la llamada *campiña romana*. Pegado, como quien dice, al cristal contemplaba la inmensidad que se extendía a mi vista. Había imaginado una cosa tan distinta del país, concebido una idea tan diversa de la *campiña romana*, que ante la realidad me sentía como defraudado. Todo era soledad y abandono; parecía que corriamos por un suelo deshabitado; por el lado de Levante el terreno formaba continuas ondulaciones, que terminaban en colinas de más o menos altura; a Poniente se extendía extensísima llanura, que iba a perderse en el mar. Una nota gris, general, monótona; inmensa alfombra de verdura, cuyos confines aparecían envueltos en una bruma violácea; he aquí cuanto se presentaba a mi vista. Ni un pueblo, ni un árbol, ni una montaña, ni un ser viviente, nada turbaba el reposo de aquella línea severa y grandiosa en verdad, pero de un carácter que llenaba de melancolía mi alma. Me encontraba en pleno Lacio, territorio de los antiguos latinos, teatro de cien batallas y testigo mil veces de hechos culminantes en la historia de la humanidad.

Había el tren cruzado la estación de Ponte Galea sin detenerse y a poco corría casi paralelo al río Tíber, el hediondo Tíber, como le llama Horacio. A eso de las siete y media y hacia la parte donde brillaba el sol, envueltas en vapores de mil variados matices, descubríanse las primeras siluetas de la Ciudad Eterna. Fué para mí aquel un momento que no olvidaré jamás. Corrí el cristal y asomé la cabeza; me sentía hondamente conmovido: Roma se presentaba a mis ojos cual tantas veces le había soñado. La diáfana bruma que la envolvía presentaba bala ante mí, poética y sublime, misteriosa y grande: aquel conjunto de siluetas de cúpulas, campanarios y torrecillas, que se dibujaban tenuemente y más vigorosas otras, en medio de aquella neblina, iluminada por un espléndido sol, formaban un cuadro sorprendente, un conjunto indescriptible, ante el cual mi mente se perdía en un mundo de ideas y pensamientos.

Tenía delante la famosa Ciudad de los Imperios; la historia de esta Ciudad maravillosa, sus grandezas y miserias, sus triunfos y caídas, mezclábanse, bullían en mi cerebro, tomando tal relieve que me exaltaba de entusiasmo al verme delante de aquella Roma, en la que bien pronto sentaría mi pie, realizando uno de los sueños dorados de mi existencia.

Mis compañeros de viaje habían despertado y recogían su equipaje, colocándose luego a mi lado. Uno de ellos conocía a Roma e iba designando a su amigo una por una, las siluetas de los monumentos a medida que iban sucediéndose. Yo escuchaba con atención, pues aun cuando no conocía la lengua de Goethe y de Schiller, comprendía perfectamente los nombres de los monumentos que iba señalando. Habíamos cruzado el Tíber y la vía seguía no lejos, la línea general de cinta que cierra la Ciudad, o sea el antiguo recinto Aureliano. Los nombres de *Monte Aventino*, *Pirámide de Cayo Cestius*, *Porta S. Paolo*, *Monte Palatino*, *Termas de Caracalla*, *Torre Capitolina*, *S. Juan de Letrán*, *Santa Cruz de Jerusalén*, que iba pronunciando el compañero de viaje, aunque no nuevos para mí, los escuchaba con veneración y respeto a la vista de los monumentos y ruinas que los llevan.

Pronto, y después de cruzar por debajo del *Acueducto Claudio*, salvábamos los muros de la Ciudad y, dejando a la izquierda la *Porta Maggiore* y las ruinas del *Templo de Minerva Medica*, el tren detenía al fin su marcha, en la estación de Roma.

No escasos en formalidades anduvieron los italianos para el reconocimiento, exageradamente minucioso, de mis baules. El ómnibus me llevó al hotel del *Pantheon* y esta circunstancia hizo que el primer monumento que contemplara fuera el de este nombre, por estar situado en la plaza donde se levanta aquella antigua y monumental fábrica romana.

Una hora después de mi llegada me detenía ante el *Pantheon*, la obra más completa que de su arquitectura antigua conserva la Roma de hoy. Fundada aquella soberbia obra por M. Agripa, que la dedicó a los dioses, y consagrada a la Religión Católica por el Papa Bonifacio IV, levántase aún erguida, como página imperecedera de época gloriosa y terrible a la vez, en los fastos de la humanidad.

Crucé la verja que la circuye y me encontré bajo su espacioso pórtico, cuya severa grandiosidad asombra. Las estupendas columnas de granito de una sola pieza y sus hermosos capiteles corintios, que a pesar de la acción destructora del tiempo algunos están casi enteros descubriendo la elegancia de sus líneas, despertaban en mí respetuosa admiración. Diversas sensaciones movían mi sér. El *Pantheon* era la primera obra que contemplaba a mi llegada a Roma; a esta circunstancia y a ser quizás la primera entre las moles arquitectónicas que de distintas épocas ostenta la ciudad imperial, debo haber gozado profundas impresiones artísticas. Allí es donde he sentido con más fuerza la sublimidad arquitectónica.

Momentáneamente acudían a mí los recuerdos históricos, se me presentaba en toda su magnificencia y esplendidez la época del primer emperador romano, bajo cuyo imperio se levantó la obra, y reconstruyendo en mi fantasía el monumental edificio, y completándolo con los detalles de que hoy carece, que eran portentos de belleza clásica, me creía transportado a aquel período del reinado del gran emperador Augusto en que la ciudad de Rómulo alcanzó el apogeo de su grandeza. Pero la realidad desvanecía mis entusiasmos, convenciéndome de que vivía en pleno siglo XIX, quizás el menos artístico que ha existido.

Salvé la extensión del pórtico, y penetrando por la majestuosa puerta de bronce, me encontré en la inmensa rotonda que constituye el interior del templo. Mi admiración, mi asombro subieron de punto. Un vasto círculo de 40 metros, corado de muros cubiertos de mármoles, en los que están abiertos nichos con hermosas columnas corintias de mármoles de color y de una sola pieza, y de estos muros, arrancando esbeltísima bóveda cuyo vértice tiene una abertura circular de 8 metros de diámetro por la que penetra la luz única que alumbra el interior del templo; tal es el *Pantheon* en su carácter interno.

A través de la circular abertura de su bóveda el espacio, la inmensidad, el infinito, se presentan a los ojos del espectador en toda su inconcebible grandeza. Este vano, por el que penetra la luz sin hallar obstáculo que la atenúe, le imprime carácter tan original y expresión tan viva, que quizás por este concepto, resulte único en el mundo el efecto que el espíritu percibe en su interior. La luz vigorosa que a raudales entra por la bóveda disminuye de intensidad al descender, llenándolo todo de cierto poético misterio que le da un aspecto tranquilo y sublime. La calma, el sosiego reinan allí, y en las tumbas que en él existen descansan los restos mortales del genio del arte, sintetizado en Rafael Sanzio, cercanos a los de Víctor Manuel. Severa es la tumba de éste: modesta y sencilla la del creador de la «Transfiguración.»

Salí del *Pantheon* y dirigí mis pasos hacia San Pedro. Al llegar delante el *Ponte S. Angelo* me de-

tuve estupefacto a la vista de la inmensa mole adriana, antiguo mausoleo de aquel emperador. La parte inferior, únicos restos de aquella maravillosa obra, se concreta a un torreón circular de extraordinarias dimensiones, de efecto estupendo: su cima constituye hoy una verdadera ciudadela, rematando en una monumental estatua de bronce que representa San Miguel Arcángel, y de aquí el nombre de *Castel S. Angelo*. El *Ponte S. Angelo*, de aspecto no menos grandioso que el castillo, tendido sobre las aguas del cenagoso Tíber, es el que se cruza para ir a la Basílica Vaticana, cuya tremenda cúpula asoma por encima de los caseríos del Borgo.

Aquel día en el puente y sus inmediaciones, circulaba un gentío extraordinario propio de aquel sitio, uno de los más concurridos de Roma, iluminado todo por espléndido sol y cielo límpido, rebotaba vida y animación, resultando un cuadro brillante de color y viveza.

Diez minutos después desembocaba en la gran plaza de San Pedro, cerrada casi por la colosal columnata del Bernini; me hallaba por fin enfrente del templo supremo de la Religión católica: de la obra inmortal de Bramante y Miguel Angel, reformada y desfigurada por los sucesores de aquellos grandes arquitectos del Renacimiento.

Delante San Pedro creció mi entusiasmo, distinto del que había sentido en el *Pantheon* y muy otro del que despierta o debe despertar un templo consagrado a la sublime religión de Cristo. Admirando de paso el soberbio obelisco que se alza en el centro, uno de los más grandes de la Ciudad Eterna y el único que se conserva entero, llegué al pie de la extensa fachada de la *Basílica*, cuyo principal interés resumen sus descomunales dimensiones. Penetré en el vasto pórtico que respira grandeza y magnificencia, y de él al interior de la *Basílica*, la más grande de la tierra, el templo más suntuoso que registra la historia arquitectónica.

Inmensas bóvedas, pilares enormes, muros formidables, cubiertos de mármoles ricos y variados de color, en los que campea toda la escala cromática; esculturas colosales, estupendos mosaicos reproduciendo los cuadros más célebres de las escuelas del Renacimiento; mausoleos maravillosos de Papas, Cardenales y Reyes; bronce y metales a porfía; lujo y riqueza desusada; méritos artísticos incalculables: abajo pavimentos que asombran, arriba el conjunto de tantas bellezas, de tantas maravillas, coronado por otra, quizás la mayor de todas, la célebre cúpula de Miguel Angel. A la vista de tan colosal conjunto no cabía en mí el asombro, mas en vano busqué allí el principio fundamental del templo católico, esto es, el sentimiento religioso: si mi espíritu de fe se movió hacia Dios y me hizo caer de rodillas, no era porque el arte por sí solo bastara a inspirar esos acentos, esas dichas que por espontáneo impulso palpitaban en mi corazón de creyente.

Desde el conjunto a los detalles turbaba mi espíritu la idea del hombre, pugnando por sobreponerse a la idea de Dios; el orden material al sentimiento ideal; buscaba reposo; aquella sencillez y misticismo sublime de los templos de la arquitectura ojival, verdadera encarnación arquitectónica, expresión propia y sentimiento de la religión de Jesucristo. En San Pedro, el arte lo domina todo, desde la idea grande al concepto trivial; el hombre se siente atraído ante la fuerza creadora de la mente artística que al más alto grado por manifestaciones distintas se expresa en aquel grandioso templo: en el templo ojival la idea artística y la creación material casi desaparecen; la forma arquitectónica se funde de manera tal en la idea religiosa, que en vez de la obra del hombre parece que se contempla la obra de Dios. Allí donde la materialidad se subordina al ideal místico, los detalles nada significan ante el

armonioso conjunto, la luz que desciende a través de las pintadas vidrieras recogen el espíritu, le invitan a la oración, y el alma vuela a los espacios infinitos. En la *Basílica Vaticana* admiré un templo magnífico, espléndido, para albergue de dioses, pero inadecuado para morada de un solo Dios, Supremo, en que se resume nuestra santa y cristiana religión.

Ensimismado en estas ideas, regresé hacia el interior de la ciudad y después de cruzar calles estrechas y tortuosas, desembocaba en la antigua octava región, ó sea en el *Foro Magnum*, hoy conocido por Foro Romano ó *Campo Vaccino*. Allí, ante los restos de la Roma romana, se presentó otra vez a mí mente en toda su soberbia grandeza, la civilización de aquel pueblo famoso. Contemplé las ocho columnas del templo de *Saturno* con sus elegantes capiteles jónicos sosteniendo aún parte de un rico entablamento; las tres que restan del templo de *Vespasiano* de esbelto estilo corintio; las que quedan del pórtico de *La Schola Xanta*.

Me detuve ante el hermoso *Arco de Septimio Severo* y sus valiosos bajo-relieves, y seguí por la célebre *Via Sacra* con el mismo piso de aquella época, de polígonos irregulares de travertino. Visité los basamentos de la gran *Basílica Giulia*; las tres columnas estriadas del templo corintio de *Castor y Polux*, el templo de *César*, el pórtico bellísimo del de *Faustina y Antonino*, hasta detenerme bajo las ruinosas bóvedas del templo-basílica de *Constantino*, y desde allí dirigí la vista a toda la extensión del *Foro Romano*, centro de vida y actividad de aquel pueblo dominador, y hoy puede decirse cementerio arquitectónico.

Feliz al verme entre aquellas venerables ruinas, continué mi camino por la *Via Sacra*, dejando a mi derecha el monte Palatino, en el que surgen aún las ruinas de los imperiales palacios, y a mi izquierda el emplazamiento del templo de Venus y Roma en que se levanta hoy *Santa Francesca Romana*, llegando al *Arco de triunfo de Tito*, ejemplo el más bello de arquitectura y escultura romana, cuyos dos bajo-relieves son una verdadera preciosidad artística.

Saludando los restos de la *Casa aurea de Nerón*, el *Arco de Constantino* y la *Meta Sudante*, me detenía ante una de las primeras maravillas, no sólo de Roma, sí que también del mundo. Las imponentes ruinas del anfiteatro Flavio, el célebre *Coliseo*, la obra colosal del pueblo romano. Recorrí sus vastos pórticos y soberbios restos penetrando en su arena, desde la cual se descubre la magnificencia de aquel inmenso anfiteatro que a pesar del transcurso de los siglos, de la inclemencia del tiempo y del barbarismo de los hombres, levanta orgulloso sus altísimos muros, si despojados de sus riquezas artísticas por la ambición de los grandes y la ignorancia de los pequeños, revestidos de la grandiosa severidad que en humana obra puede soñarse. ¡Qué de impresiones! ¡qué de recuerdos históricos evocaba mi mente! De súbito creíame transportado a aquel período de cien días que duraron las fiestas de su inauguración; al primero de ellos en que Tito, el gran emperador, seguido de espléndida corte, estrenaba aquella obra, cuya existencia había de unirse tan íntimamente a la historia de la humanidad.

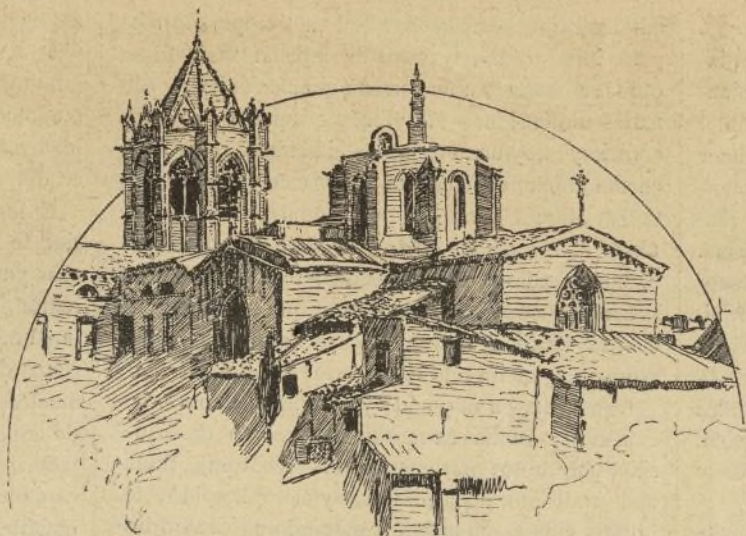
Veía sucederse los espectáculos, atónito ante la magnificencia desplegada, ora en los combates de gladiadores, ora en las cacerías, ora en las batallas navales y terrestres que allí se parodiaban, experimentando sensaciones dolorosas al imaginarme la lucha de fieras: entonces sentía oprimírseme el corazón, humedecerse mis ojos a la vista del horrible espectáculo, del sacrificio de tantas víctimas que regaron con su sangre aquellas arenas y que allí gloriosamente sucumbieron, mártires de sus creencias, apóstoles de la verdadera doctrina.

Sólo en la arena del Coliseo puede sentirse al par

que la grandeza de las fiestas romanas la infinita amargura de aquel espectáculo bárbaro y cruento de que fueron héroes los primeros cristianos; sólo en aquel momento de meditación y de éxtasis en que aún se escuchan ayes, lamentos, últimos suspiros, puede comprenderse la abnegación, el valor, la santidad de los sacrificados en defensa de la fe que sentían con irresistible entereza.

Si obra humana existe en el mundo digna de respeto, lo es sin duda ante todas, el Coliseo. Los hombres de todos los países y de todas las religiones de igual manera la admirarán por la concepción de su fábrica; la venerarán por la sangre inocente allí vertida; la ensalzarán por su historia.

El efecto que en mí produjo el Circo es algo parecido al que en el ánimo producen las obras de la naturaleza. Me sentía pequeño, y es que el anfiteatro Flavio, aunque obra del humano talento, rivaliza con las mismas obras de la naturaleza, bien que esté lejos de llegar

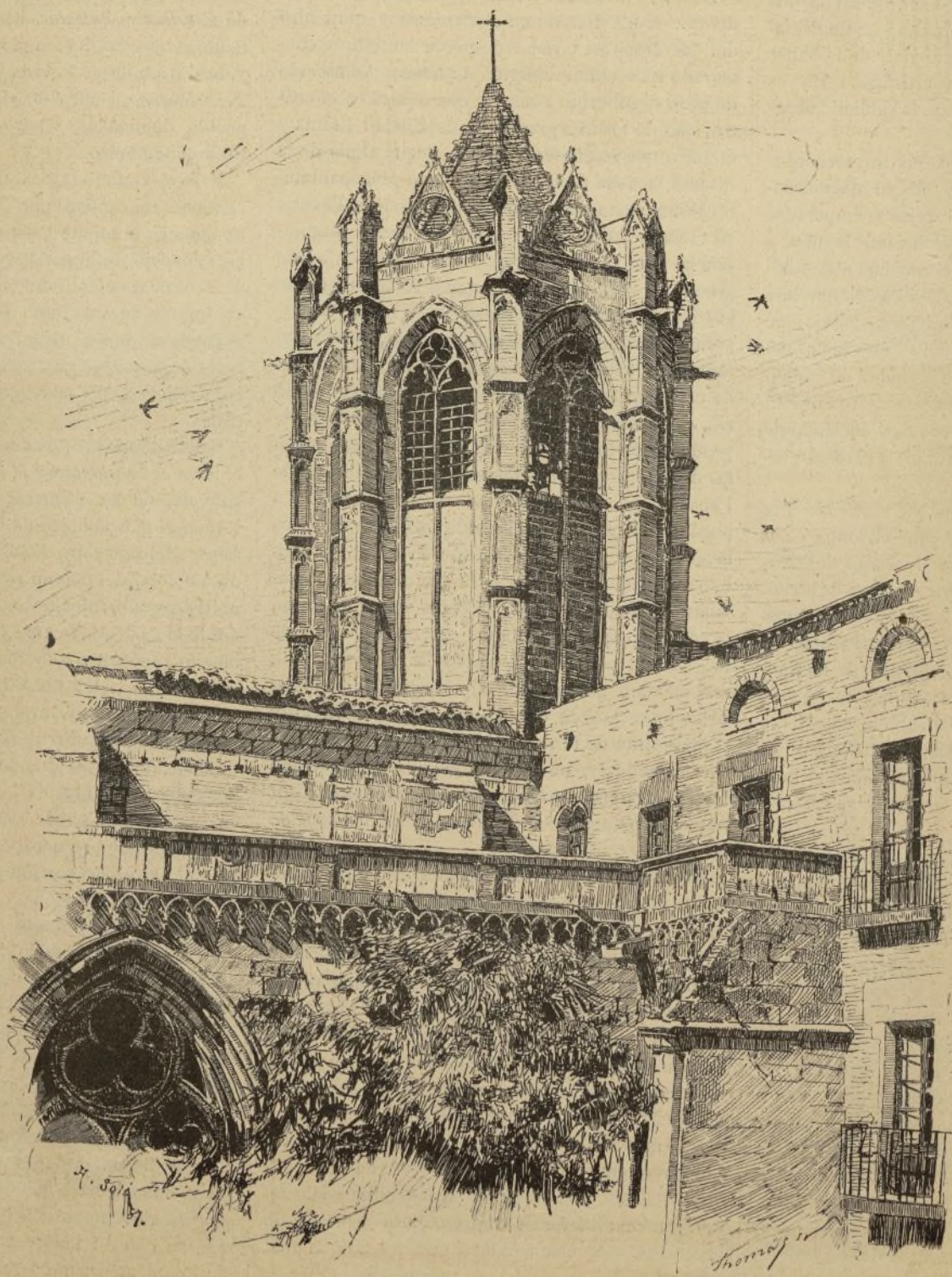


VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE VALLBONA DE LAS MONJAS
(Dibujos de Andrés Solá.)

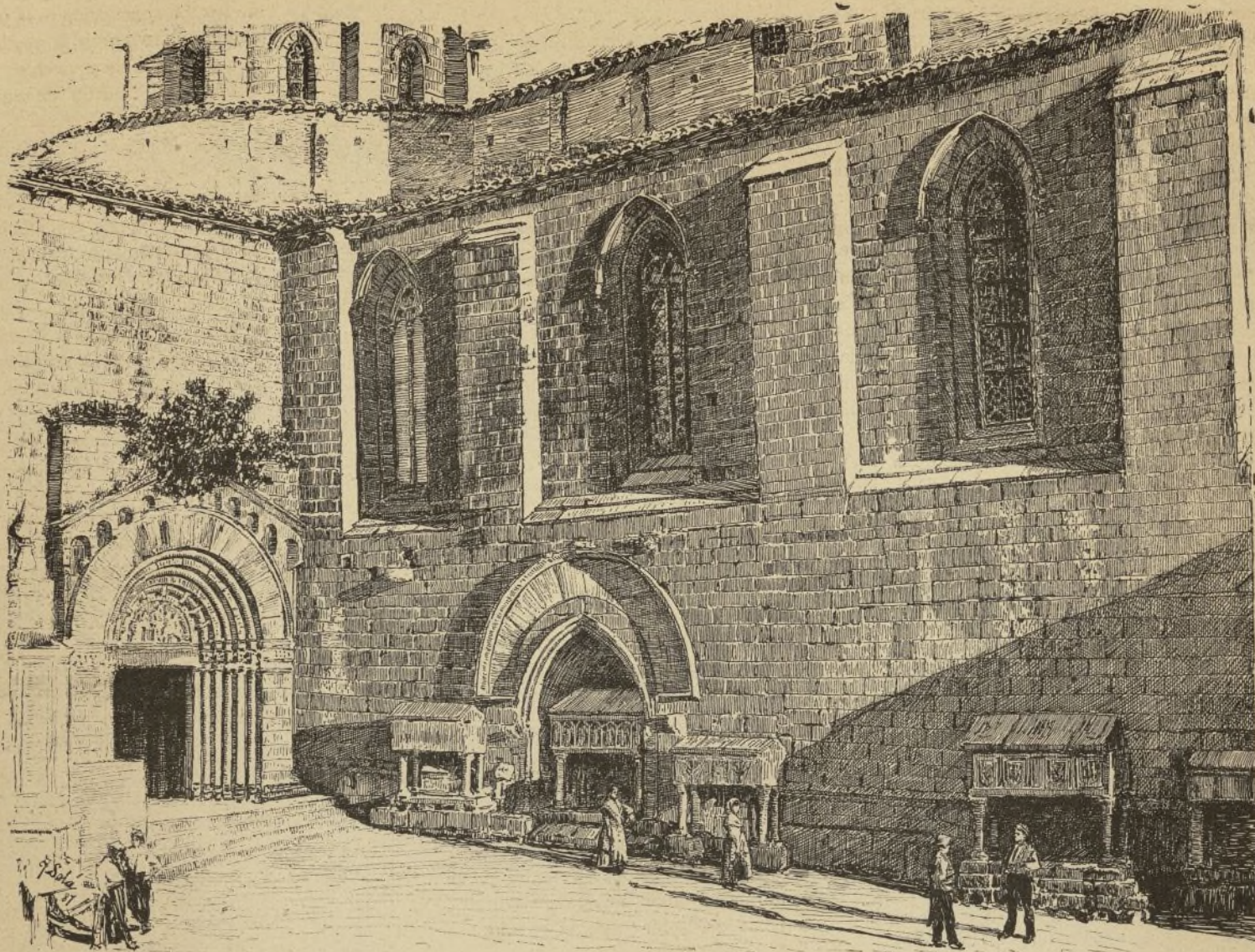
á ellas. Su concepción es la obra de un sólo hombre, pero la realización de ella es la obra de un pueblo; resume la historia y el carácter de una civilización despótica y soberbia.

Excitado por la vista de tantas maravillas, al salir del Coliseo seguí instintivamente por la *Via S. Giovanni Laterano* y al poco rato desembocaba en la vasta plaza donde se levanta el palacio y la *Basilica Lateranense*, en medio de la cual surge grandioso el obelisco más antiguo y más alto de Roma procedente del célebre Circo Máximo y traído de Egipto por el Emperador Constantino.

Mi visita á *S. Giovanni* fué breve. Basilica fundada por Constantino según cuenta la tradición, si algo conserva de aquella época, es el recuerdo y sus extraordinarias dimensiones; los mosaicos de su ábside de siglos posteriores, hermosa página de arte cristiano. Transformada de continuo, ofrece hoy poco interés arquitectónico: su exagerada fachada del siglo pasado denota un estilo



EL CIMBORRIO



FACHADA Á LA PLAZA.



CLAUSTROS.

decadente. Tiene, no obstante, riqueza; posee un buen número de obras de escultura y pintura que admiré de paso, y continuando mi paseo artístico, me hallé bien pronto frente á otro templo no menos importante, pues figura el tercero entre los centenares que cuenta la Ciudad Eterna; Santa María la Mayor ó *Basilica Liberiana*.

Conserva su primitiva forma y pude admirar sus columnas procedentes de templos paganos, al lado de los preciosos mosaicos de su arco ábside y arquitecónica, pertenecientes al siglo v. Saboreé los detalles artísticos y primores de todas épocas que aquel templo encierra y que como de Roma, constituyen verdaderos museos de arte cristiano y pagano.

Declinaba el día, salí de esta tercera Basílica y después de detenerme ante otro obelisco que se levanta á pocos pasos, anduve por *Via delle quattro Fontane* y *Via Sistina* que me llevaron al pie de la iglesia de *S. Trinità de Monti* y sobre la monumental escalera de *Piazza di Spagna*, donde se alza otro obelisco. Y atraído por los acordes de una música, encontrábame á los pocos minutos en pleno *Pincio*, pintoresco monte al Norte de Roma encima de la plaza y puerta del *Popolo*, donde se goza de una deliciosa vista sobre la ciudad, uno de los sitios más bellos y de los jardines más amenos de la misma.

III

Había aprovechado la jornada de modo sin igual y me sentía fatigado, vivamente emocionado, pero mis impresiones de aquel día no habían cesado aún.

Llegado al *Pincio* me senté en la terraza que mira á la plaza del *Popolo* encima del pórtico que cobija la estatua ecuestre de Víctor Manuel. A mis pies se extendía Roma en toda su majestad; enfrente, *San Pedro* surgía allende el Tíber envuelto en una tinta violácea; el sol, medio oculto entre ligeras nubecillas, sumergíase en el horizonte detrás de la gran Basílica y la célebre cúpula de Miguel Angel destacábase sobre un cielo de fuego. El espectáculo era soberbio; ante él sentía yo sensaciones nuevas.

Tras la contemplación de tantas maravillas artísticas, pero al fin producto del humano ingenio, veía sucederse la verdad de la naturaleza desarrollada con todo su esplendor. Durante el día había admirado la obra de los hombres, sus grandezas y miserias; en aquel momento contemplaba la obra de Dios, la más grande y sublime de todas. El espectáculo de la naturaleza se me presentaba unido á la grandeza y espectáculo de la historia humana, sintetizada en la maravillosa metrópoli que descollaba a mi vista. Estos dos efectos soberbios, natural el uno, humano el otro, fundíanse en mi mente extasiada en su contemplación y mi pensamiento, mi vista gozaban como nunca, atraídos por aquel conjunto sublime que presentaba el horizonte. Era resumen de mis impresiones y de mis sentimientos. ¡Ah! aquella luz me fascinaba, aquel cielo brillante y deslumbrador me arrobaba; abstraído en la contemplación de los postrimeros rayos del sol que se alejaba, parecía que mi espíritu, que mi alma, me abandonaban, y se iban tras ellos. Mis ojos no se separaban de aquel horizonte fascinante, arrebatador, por el que acababa de desaparecer el astro rey. Tras de aquel horizonte estaba el mar, tras el mar mi patria, y al recuerdo de ella y de los seres queridos, sentía la más amarga de las tristezas, la más terrible emoción.

Jamás he sentido tanto, jamás mi alma había experimentado tan vivas sensaciones. Era el primer día que me encontraba en Roma, la más famosa de las ciudades, la primera vez que pisaba extranjero suelo; no había visto todavía ningún amigo, ningún compatriota: el arte había absorbido mi atención toda durante aquel día, y á él solo me había consagrado; después del arte, el espectáculo de la natu-

raleza vino á aumentar mis impresiones, despertando en mí los sentimientos más tristes y poéticos.

Impresiones, recuerdos me habían sumido en una especie de letárgico sueño, del que desperté al clamor de las campanas de centenares de iglesias que sonaban cerca y lejos de mí. Era el toque de oración, hora misteriosa y solemne que anuncia el fin del día. Instintivamente oré. El cielo había perdido sus brillantes matices y las primeras sombras de la noche invadían el espacio. Casi nadie quedaba en el *Pincio*; levantéme á tiempo que un guardia advertía á los rezagados paseantes el cierre de los jardines, y *piano piano*, descendía hacia la plaza del *Popolo*, encaminándome por el *Cosso* á mi alojamiento, satisfecho del empleo dado á mi primer día en Roma.

FRANCISCO GUASCH HOMS.

Passignano Agosto de 1888.

Á MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar, tiene su bruma que envuelve densa mis amargos días; sus olas son de lágrimas, mi pluma está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores nacidas de ese mar en la ribera... la sorda tempestad de mis dolores sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte cobro vigor en el combate rudo; cuando pague mi audacia con la muerte, caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Llévenme así á vosotras; de los hombres ni desdén el poder ni el odio temo, pongo todo mi honor en vuestros nombres y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa, ¡ojalá que esa vez nunca llegara! pues hay que ahogar el llanto con la risa para mirar al mundo cara á cara.

No me imitéis á mí; yo me consuelo con abrir más los bordes de mi herida; imitad en lo noble á vuestro abuelo, ¡sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa después de la oración la interna calma y el sér que sabe perdonar la ofensa sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido, no ambicionéis lo que ninguno alcanza, coronad el perdón con el olvido y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres que la pureza vuestra frente ciña, buscad alma de niña en las mujeres y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado, nadie hereda la culpa de un delito; nunca para ser siervas del pecado os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice quien luchando, de espinas se corona; abajo, todo esfuerzo se maldice; arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbre fátua y la hermosura es flor que se marchita; la mujer sin piedad es una estatua dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas que víbora es el mal que todo enferma,

y haced el bien para dormir tranquilas cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo renombre, aplausos, oropeles, gloria; procurar vuestro bien, tal es mi anhelo; amaros y sufrir, tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso, recordad mis consejos con ternura, y en cada pensamiento, en cada paso, buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo tengan de vuestro amor en los excesos, las flores de mi tumba vuestro llanto; las piedras de mi tumba vuestros besos.

JUAN DE DIOS PEZA.

LECCIÓN PROVECHOSA



MASTER Kent, propietario de una de las mejores fábricas de fundición de metales de Londres, recibió en su casa, para desempeñar uno de los últimos puestos de sus talleres, á un obrero que dijo llamarse Jorge, el cual, según confesión propia, no había trabajado nunca en ninguna fábrica, si bien tenía algunos conocimientos en el oficio.

Nadie le recomendaba, ni pudo presentar ninguna persona que respondiese de su conducta; porque á nadie conocía en Londres. Únicamente dijo que desgracias de familia le obligaban á dedicarse al trabajo, y que había escogido aquel oficio por inclinación, y porque poseía ciertas teorías, de las que esperaba un buen resultado en la práctica.

Mister Kent se contentó con todo esto, que no era mucho, y admitió al obrero, poniéndole bajo la dependencia de un oficial. No tenía necesidad de un hombre más en su fábrica, pero el obrero le fué simpático.

El exterior de Jorge prevenía en su favor; era hombre de mediana estatura, pálido y delgado, de grandes ojos azules, cuya mirada triste y distraída revelaba inteligencia y bondad; un surco morado debajo del párpado inferior denotaba vigiliás, de la orgía ó del hambre. Aun cuando aparentaba lo más veinticinco años, su rubio cabello empezaba á encanecer.

Llevaba el modesto traje del obrero aseado y curioso, como hombre que apreciaba el cuidado de su persona.

Ninguno de los trabajadores de la fábrica le conocía, lo cual probaba la verdad de sus palabras cuando afirmó á Kent que no había trabajado nunca.

Desde el primer día su conducta fué intachable: era el primero que entraba en la fábrica y el último que salía, sin que se le viera distraerse ni abandonar su trabajo para fumar su pipa ó perder el tiempo en otra clase de entretenimientos.

Era parco en palabras; si cualquiera se dirigía á él, contestaba con urbanidad y agrado, sin manifestar educación escogida; no se le oía proferir ni una de esas frases groseras y poco cultas que tanto abundan en los talleres.

Al terminar su trabajo, se dirigía á su casa, sin que nada pudiera hacerle entrar en la taberna, y solamente salía cuando había algún compañero enfermo á quien visitar.

Si éste era pobre, podía contar con que Jorge, al despedirse pondría encima de su mesa una moneda de plata: ganando muy poco, aún ahorra. — « como no bebo, gasto poco, » — decía cuando algún compañero se extrañaba de que pudiera ser generoso.

Los días de fiesta no había que contar con él;

algunos compañeros fueron á buscarle en varias ocasiones, y hallaron la puerta cerrada. Jorge decía que pasaba el día en el campo.

No se le conocían amigos, ni novias: en cambio se le veía en la Iglesia con alguna frecuencia. Todo esto contribuía á que hubiese adquirido en la fábrica cierta estimación.

Mas, como nunca faltan caracteres díscolos y envidiosos, un día, uno de los obreros trató de armar con él camorra.

— Mira — le dijo lacónicamente Jorge.

Y levantó con una mano un enorme cilindro de acero, que pesaría muy bien cinco arrobas, arrojándole á más de doce pies de distancia.

Luego añadió:

— Si después de haber visto esto, quieres que te rompa las muelas, avisa.

La advertencia surtió efecto: desde aquel día nadie volvió á molestarle.

En el oficio, sabía más que el oficial á cuyas órdenes trabajaba y que todos los obreros de la fábrica; pero tenía el talento, cuando indicaba el medio de simplificar una operación ó de discurrir alguna nueva aleación de metales, de hacerlo de manera que partiese la iniciativa de su maestro. Especialmente en química y mecánica, tenía conocimientos particulares.

Kent recibía informes satisfactorios todas las semanas respecto al obrero; llamándole esto la atención, él mismo estuvo vigilándole por espacio de un mes, adquiriendo el convencimiento de que podía enseñar á sus maestros al cabo de dos años que llevaba en la casa.

Un sábado, en vez de pagarle su jornal en el despacho de la fábrica, le hizo subir al suyo.

— Jorge — le dijo — estoy enterado de vuestro trabajo y tan satisfecho de vos, que desde principio de año voy á ponerlos al frente de mis talleres.

Jorge, en vez de alegrarse, hizo un gesto de disgusto, que no pasó inadvertido para Kent.

— ¿Cómo — añadió — rehusaríais?

— Señor, os agradezco en el alma esa muestra de afecto y distinción; pero no puedo aceptar en interés vuestro y en el mío.

— ¿Por qué?

— Soy el obrero más moderno en vuestra fábrica; no tengo aún el título de maestro; hay aquí muchos hombres que llevan quince años trabajando, y al ver que les anteponéis uno de menos edad, de menos tiempo de oficio y acaso de muchos menos conocimientos, han de disgustarse de lo que ellos crearán una injusticia, y este disgusto natural, llevará en pos de sí la desertión. Por premiar los servicios de uno solo, tal vez de un modo exagerado, os vais á privar de vuestros mejores obreros; esto por lo que os atañe. Respecto á mí... ¡ah, señor! ¡no me separéis de mi puesto..., no me hagáis orgulloso...! Yo hasta ahora estoy bien quisto entre mis compañeros; esta elevación, inmotivada para ellos, me atraería su odio... dejad las cosas como están.

Kent debió pesar tan juiciosas razones y no volvió á hablarse del asunto, si bien creció en él la consideración que el obrero le inspiraba.

Así pasaron veinte años: Jorge llegó á ascender por antigüedad al puesto que había rehusado por modestia: los negocios de la fábrica en sus manos marchaban con una prosperidad creciente.

Kent pensaba darle una participación en las ganancias, cuando una mañana, Jorge, á quien el constante trabajo tenía ya muy delicado, tuvo que retirarse.

Kent envió al día siguiente un recado á su casa, pero una persona de la vecindad dijo que el Sr. Jorge no había parecido por allí desde el día anterior en que salió, como siempre, para dirigirse á su trabajo.

Kent, en la inteligencia de que al salir de la fábrica había empeorado en la calle, hizo toda clase de gestiones para averiguar su paradero, aunque inútilmente. Su aflicción era extrema: habían transcurrido ocho días y nada sabía del obrero.

Una mañana se detuvo un coche delante de la fábrica; descendió de él un anciano grave y afligido, que tenía el aspecto de un ayuda de cámara, y avistándose con Mister Kent, le suplicó de parte de su amo el Duque de M... viniera, pues hallándose enfermo de peligro, quería hablarle antes de morir.

Kent, aun cuando no conocía á aquel personaje, se apresuró á complacerle; montó en el carruaje, que á la media hora se detuvo delante de un antiguo y suntuoso palacio.

Le hicieron atravesar el parque, el vestíbulo y varios espléndidos salones, hasta un lujoso gabinete, donde había un dormitorio. ¡Cuál no sería el asombro del fabricante al ver en aquel suntuoso lecho á su querido obrero Jorge! Éste le tendió sonriente una mano huesosa y amarillenta, exclamando:

— ¡Ya veis á qué extremo me han conducido las preparaciones químicas de vuestra casa, para fundir metales!

— ¡Pero, Señor...! ¿qué significa esto? — preguntó Mister Kent, que no volvía de su asombro.

— Os lo voy á decir, mi querido principal, si las pocas fuerzas que me quedan lo permiten, y espero que haciendo pública mi historia en la fábrica, vuestros operarios, mis compañeros, saquen de ella una lección provechosa:

Mi padre, el Duque de M..., murió cuando estaba yo en el colegio siguiendo mis estudios; yo era hijo único, y á los diez y seis años recayó sobre mí el enorme peso de llevar dignamente uno de los títulos más ilustres de Inglaterra. Pero ¡ay! aun cuando mis propósitos eran buenos, la fatalidad dispuso lo contrario. Dueño en tan temprana edad de una inmensa fortuna, y con la impetuosidad y orgullo de mi raza, me lancé en el gran mundo, ávido de goces y de libertad. No tengo que esforzarme mucho para demostraros que en ocho años cometí todas esas locuras que destruyen el cuerpo, debilitan el alma, matan la fe y arruinan la fortuna mejor cimentada. A los veinticuatro años, me encontré hastiado de todo, habiendo apurado ya la ingratitud de los hombres y la frivolidad de las mujeres; ya no había en mi alma cuerda que vibrase á impulso de ningún sentimiento noble; mi fe religiosa, tan ardiente en otro tiempo, había desaparecido; tenía repugnancia á la vida; deseaba la tranquilidad del sepulcro. Impresionado con tan fatales ideas, cogí un día una pistola, y dando un adiós á mi palacio, me dirigía al campo para saltarme la tapa de los sesos, cuando al pasar por vuestra fábrica ví que los obreros salían alegres y satisfechos, con la felicidad del hombre que emplea bien la vida. — « ¿Qué es esto? » — me dije asombrado. — « Esto es el trabajo » — repitió una voz en mi interior. — « El nuevo goce que debes apurar antes de salir del mundo por la sombría puerta del suicidio. » — Aquello fué mi salvación: al día siguiente me compré un traje adecuado, y... ya sabéis lo demás. He pasado veinte años en vuestra casa, siendo obrero seis días á la semana y duque el domingo: la práctica de mis estudios de química me han servido de mucho; el santo y noble trabajo del obrero me ha devuelto la robustez del cuerpo, que había perdido; la tranquilidad del alma ha vuelto otra vez con la fe religiosa, y creo que mi padre, á quien dentro de poco voy á ver, estará contento de mí. ¡Si el hombre supiera lo que debe al trabajo, no habría ningún holgazán sobre la tierra, ni tampoco ningún desesperado!

Jorge hizo pausa para recuperar sus fuerzas, que ya le abandonaban para siempre: luego, señalando

á una mesa que había en el gabinete cubierta de monedas, prosiguió:

— Ahí tenéis, Mister Kent, los jornales que he ganado en vuestra fábrica, lo mismo que los he recibido: yo Duque, yo hombre acaudalado, no podía, no debía gastar en mis trenes ese dinero, por más que lo hubiera ganado bien.

— ¡Oh, muy bien! — interrumpió el pobre fabricante con los ojos inundados de lágrimas.

— Distribuidlo equitativamente entre seis compañeros; reservo además una parte de mis bienes para dotar á sus hijas y establecer á sus hijos. Decidles que muero bendiciéndoles, porque ellos contribuyeron á que el extraviado se arrepintiese, entrando en la senda del deber; porque ellos me han enseñado á trabajar, y más que eso, á honrar, á santificar el trabajo: como veréis por mi testamento, me encargo también del dote de vuestra hija; vos, que habéis sido para mí amo dulce y bueno, admitiréis este testimonio de agradecimiento.

Jorge no pudo proseguir, en aquel momento entraba en la agonía.

Mister Kent permaneció allí hasta que espiró; y después de cerrarle los ojos con piadosa mano, salió con el corazón angustiado del palacio de aquel obrero.

Al día siguiente, entre Duques y Pares, cuatro trabajadores de la fábrica de Mister Kent, conducían en hombros, desde la Iglesia hasta el Panteón de familia, el lujoso ataúd donde iban los restos del Grande humilde llamado Jorge.

P. E.

Á JESÚS CRUCIFICADO ¹

¿Y es aquél mi Jesús? ¿Y aun le provoca
el pueblo que á sus pies se desparrama,
y se mueve la lengua que le infama
y subsiste la mano que le toca?

Entreabierto y callada está su boca
que doctrina purísima derrama,
y esa turba locuaz que Rey le llama
mirando su silencio se sofoca!

¿Y es el hijo de Dios quien desfallece?
¿Y ese pueblo es el vil que violaciones
ébrio de sangre sin cesar le ofrece?

¿Aun calmadas no estan sus ambiciones

.....
Mas ¡ay! que ya la tierra se estremece
y protesta en continuas convulsiones.

ENRIQUE JULIÁ HUBERT. ²

CRÓNICA

El Cabildo y Cuerpo de Beneficiados de la Catedral de Madrid, con motivo de la Carta Pastoral del Rmo. Obispo, que empezamos á publicar en este número, ha dirigido á nuestro venerable Prelado la siguiente comunicación:

« Excmo. y Rmo. Sr.: La lectura detenida de la Pastoral preciosa, valiente y sólida que V. E. acaba de dirigir al Clero y fieles de esta su nueva Diócesis de Madrid-Alcalá contra los artículos consabidos y draconianos del Código penal italiano, ha levantado á mucha altura la llama del fuego santo que en defensa y veneración profunda de los derechos imprescriptibles del Romano Pontífice, arde constantemente en nuestros pechos. La misma sobredicha lectura, llenándonos de nuevo celo y mayor entu-

¹ Este soneto obtuvo accésit en certamen poético convocado por el Círculo Literario de Cádiz.

siasmo, nos ha juntado como por singular resorte en sesión capitular, donde con unánime y espontáneo consentimiento de todos y cada cual de nosotros, hemos acordado adherirnos, y por la presente nos adherimos á la Pastoral excelente de V. E. arriba mencionada, protestando de la manera más enérgica posible contra todo cuanto en ella se protesta; reprobando cuanto en ella se reprueba; profesando de todo corazón la doctrina sana que sobre los derechos de la Santa Sede allí se profesa; aceptándolos cual en ella se aceptan, y detestando, en fin, cuanto el documento pastoral dignísimo de V. E. detesta. Así lo confesamos, y por manera libérrima y espontánea lo declaramos, desde la Sala Capitular de esta Santa Iglesia Catedral de V. E. Desde la cual asimismo enviamos á V. E. este nuestro testimonio, para que de él haga el uso público ó privado que en su alto criterio juzgue más procedente y oportuno.

Madrid 1.º de Agosto, fiesta de San Pedro Advíncula, de 1888. — José Fernández Montaña, Deán. — Enrique Almaraz, Arcipreste. — Felipe Montalbán, Arcediano. — Alejo Izquierdo, Chantre. — Camilo Palau, Maestrescuela. — José Ortiz, Canónigo. — Manuel Calderón, Canónigo. — Juan Manuel Díaz, Canónigo. — Luis Delgado, Canónigo. — Bernardo Barbajero, Canónigo. — Bernardo S. Casanueva, Canónigo. — Liborio Acosta, Canónigo. — José María Caparrós, Canónigo. — Francisco Méndez, Canónigo. — José Barba Flores, Canónigo. — Fermín Echeverría, Canónigo. — Joaquín Torres Asensio, Canónigo Lectoral. — Tomás Ayuso, Canónigo Penitenciario. — Cipriano Herce, Canónigo Magistral. — Nicolás Varela, Canónigo Doctoral. — Beneficiados: José Bosco. — Vicente Rodríguez. — José Herreros. — Juan Fernández. — Eugenio Soria. — Ricardo del Río. — José Gámez. — Nicolás Alarcón. — José López Carrillo. — Manuel Belda. — Gumersindo de Francisco. — Juan Camacho. — Juan Fernández Loredó. — Pío Sierra. — José María Moreno. — Olegario Millán. — Bernardo Chumutegui. — José Gil. »

Al acto de adhesión transcrito, hay que añadir otro del Seminario Conciliar, que dice así:

«Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá: Los que suscriben, en nombre y representación de todos los Profesores de este Seminario Conciliar, elevan hasta V. E. I. la más absoluta y omnimoda adhesión á la notabilísima y enérgica Pastoral, que V. E. acaba de dirigir al Clero y fieles de este su Obispado, con motivo de los inicuos y atentatorios artículos del Código italiano. El Señor bendiga los esfuerzos de V. E. I. y haga que todos los corazones se llenen de santa indignación contra los atropellos á que dan lugar aquellas leyes inspiradas por el odio de las sectas. Con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra alma protestamos contra todo lo que V. E. protesta, y confesamos todo lo que V. E. confiesa.

«Sea, Excmo. Sr., esta humilde manifestación nuevo testimonio de nuestra veneración y respeto hacia la Santa Sede y de nuestra sumisión y cariño hacia V. E., nuestro Pastor y Maestro.

«Madrid 1.º de Agosto de 1888. — B. el A. P. de V. E. I., BERNARDO SÁNCHEZ CASANUEVA, Rector. MANUEL SÁNCHEZ CAPUCHINO, Catedrático y Secretario interino.»

— Nuestro glorioso Papa León XIII, durante su Pontificado, lleva publicadas 22 Encíclicas, cuya importancia revela el siguiente resumen de las mismas:

I. 21 de Abril de 1878. — Demuestra la necesidad de la Iglesia Católica para el bien de la sociedad.

II. 28 de Diciembre de 1878. — Presenta los peligros que ofrece el socialismo, y declara que el catolicismo es el áncora de salvación de los pueblos.

III. 4 de Agosto de 1879. — Recomienda que se enseñen las doctrinas de Santo Tomás.

IV. 10 de Febrero de 1880. — Enseña la verdadera doctrina sobre el matrimonio y condena el divorcio.

V. 30 de Septiembre de 1880. — Extiende el culto de los Santos Cirilo y Metodio, á toda la Iglesia Católica.

VI. 3 de Diciembre de 1880. — Recomienda la obra de la Propagación de la Fe, de la Santa Infancia y las Escuelas de Oriente.

VII. 29 de Junio de 1881. — Manifiesta el origen del poder soberano y los grandes servicios prestados por la Iglesia á los Príncipes y á los pueblos.

VIII. Fija los deberes del Clero y de los católicos en Italia.

IX. 17 de Septiembre de 1882. — Trata del Centenario de San Francisco.

X. 8 de Diciembre de 1882. — Alaba el celo de los españoles y les marca la conducta que deben seguir.

XI. 1.º de Septiembre de 1883. — Consagra el mes de Octubre á la Virgen del Rosario.

XII. 8 de Febrero de 1884. — Exhorta á los Obispos franceses.

XIII. 20 de Abril de 1884. — Condena la masonería.

XIV. 1.º de Noviembre de 1885. — Señala los deberes de los católicos, en sus relaciones con la sociedad civil.

XV. 22 de Diciembre de 1885. — Anuncia un Jubileo Universal.

XVI. 6 de Enero de 1886. — Declara el término de la lucha religiosa en Alemania.

XVII. — 22 de Agosto de 1886. — Señala la conducta que deben seguir los católicos en Hungría.

XVIII. 14 de Septiembre de 1886. — Establece la jerarquía católica en la India.

XIX. 22 de Diciembre de 1887. — Declara las necesidades de la Iglesia en Baviera.

XX. 1.º de Abril de 1888. — Manda celebrar una fiesta solemne en todo el mundo católico, en sufragio de las almas del Purgatorio.

XXI. 5 de Mayo de 1888. — Sobre la abolición de la esclavitud en el Brasil.

XX. 20 de Junio de 1888. — Establece la doctrina católica sobre la libertad natural y política, condenando los errores contrarios.

— La Sra. Superiora y comunidad de Hermanas Trinitarias, establecidas en la calle de Ferraz, nos ruegan que, por amor de Dios pidamos á las personas pudientes y piadosas, auxilio en la triste situación en que se encuentran, próximo á terminar el contrato de su casa-asilo por la que satisfacen anualmente una cantidad superior á sus fuerzas y viéndose expuestas á perder este albergue, si con limosnas no se les ayuda en su santa y meritoria obra de recoger y salvar á las niñas con las cuales especula el vicio. Para la caridad ferviente de los católicos madrileños no hay imposibles, y confiamos que esta súplica será oída.

— El Rdm. Obispo de Málaga ha publicado una circular que debe darse á conocer, aquí donde hay algo que corregir sobre las faltas que previene. Dice así:

«Han llegado hasta Nós las quejas de algunos de nuestros diocesanos que se lamentan del poco orden y regularidad, con que se celebran las Misas rezadas los días festivos, aún en las poblaciones más importantes, y hasta en la misma capital de la Diócesis; y deseoso de poner término á un mal que no es insignificante como á primera vista parece, sino que ocasiona daños graves, toda vez que las personas ocupadas pierden buscando Misa, ó esperando á que la haya, un tiempo que para asuntos imprescindibles necesitan, y los menos piadosos, cansados

de aguardar ó fatigados de andar de iglesia en iglesia, dejan de cumplir el precepto, hemos creído oportuno recomendar, como eficazísimamente lo hacemos, á los Arciprestes, Párrocos, Ecónomos, Capellanes y encargados de Santuarios, Capillas ú oratorios, cuiden de arreglar y fijar las horas de la celebración del Santo Sacrificio en los templos respectivos, tanto cuando hay una sola Misa, como cuando hay varias, teniendo en cuenta, no la comodidad de los Sacerdotes, sino la conveniencia del pueblo; y les encargamos procuren haya gran puntualidad por parte de los celebrantes á fin de que jamás tengan los fieles pretexto razonable para excusarse ó eximirse de la trascendental obligación de asistir á aquel tan augusto acto.

Nos atrevemos todavía á exigir más, pues deseamos, porque útil nos parece, que en los cancelos ó sobre las pilas del agua bendita se coloque una tablilla, donde conste el número de Misas, que debe haber, y las horas en que han de celebrarse. »

— Como muestra de la alta estima en que tiene Su Santidad á su Secretario de Estado, el insigne ex-pronuncio en Madrid, señor Cardenal Rampolla, le ha hecho donación del magnífico cáliz con que el augusto Jefe de la Iglesia celebró el primero de año, el santo sacrificio de la misa, en la gran fiesta religiosa de su Jubileo Sacerdotal.

— En el *Congreso Pedagógico* de Barcelona, puesto á discusión el tema «Influencia de los sentimientos religioso, moral y estético en la vida de los pueblos. Medios convenientes para procurar su dirección y cultura», usó de la palabra la Sra. Doña Casilda Monreal.

Sostuvo la superioridad del cristianismo sobre todas las otras religiones, afirmó que la mujer era uno de los poderosísimos agentes de la educación humana; hizo una sucinta enumeración de las mujeres célebres, de las cuales dijo que se había de procurar hacerlas perfectas esposas y madres, dándoles al mismo tiempo nociones de ciencias naturales, y combatió la influencia de las plazas de toros y demás espectáculos hoy imperantes.

El Sr. Aguilar de Valencio, sostuvo en tesis general, la necesidad de la educación religiosa, moral y estética.

El Sr. Tomás y Estruch, encareció la necesidad de cimentar la educación artística de la mujer en sólidos estudios estéticos, pues esto había de influir en las costumbres, desarrollando el culto de lo bello, cuya sacerdotisa más adecuada por las condiciones físicas y morales, es la mujer.

El Sr. Giralt, encareció la necesidad de la supremacía de la educación religiosa, extendiéndose sobre la armonía que debe existir entre las tres educaciones.

— Cuentan que Edison se ha ganado un millón redondo de pesos con su fonógrafo; pero buenos trabajos le ha costado traerlo al grado de perfección que ya alcanza.

Más fácilmente se ha hecho rico en los Estados Unidos, el inventor de unas planchitas de metal que se colocan en las botas y que preservándolas de roce las hace durar doble tiempo. Con esta sencillísima idea lleva realizada hasta ahora una ganancia de 250 millones de reales.

Después de esto sólo se conoce otro invento que haya producido fortunas mayores: el de las máquinas de coser.

Howe sacó 10 millones de reales al año de su invento. Se calcula que Wheeler y Wilson han dividido durante mucho tiempo un beneficio de 20 millones anuales. El inventor de la máquina Singer, dejó á su muerte una fortuna de 300 millones de reales.

— El Cardenal Lavigerie, primado del Africa, se

encuentra en Londres para continuar la cruzada contra la esclavitud, por encargo del Papa. Empezó su misión en Roma y luego fué á París para predicar en favor de la santa causa que con tanto entusiasmo defiende. Ultimamente se verificó una numerosa reunión en *Princess Hall*, convocada bajo los auspicios de la Sociedad para la supresión de la esclavitud (*Anti Slavery Society*), á la que asistieron los Cardenales Lavigerie y Manning, muchos distinguidos miembros de la aristocracia inglesa, diputados é individuos de la Iglesia anglicana. Era espectáculo interesante presenciar cómo un mismo fin hacía olvidar por el momento las diferencias religiosas más profundas, puesto que los miembros más influyentes de la mencionada Sociedad son protestantes. Sin embargo, para mejor obrar al objeto de la asociación, prestaron su apoyo al eminente representante de la Santa Sede. El Cardenal Lavigerie trazó ante sus oyentes un cuadro conmovedor de los horrores de la esclavitud en Africa, país de donde procede este terrible tributo, causa de que vaya perpetuándose el mal en los Estados musulmanes de Oriente. Su Eminencia explicó cómo se realiza el odioso tráfico de los esclavos por partidas de mero-deadores, organizadas á modo de verdaderos ejércitos, que partiendo de Marruecos ó Túnez, de Zanzibar ó del Egipto, invaden las comarcas del Africa central y de allí á la fuerza, arrancan millares de indígenas á fin de venderlos en seguida, como esclavos. Los terribles hechos narrados por el Cardenal despertaron la compasión en los más indiferentes y producirán una santa indignación, precursora de eficaces esfuerzos, por medio de los cuales llegue á conseguirse la supresión de la esclavitud en su actual centro.

— Nuestro ilustre Prelado, verdadero consuelo de afligidos y padre de los pobres, encabezó la suscripción abierta en beneficio de las familias de los obreros victimas en el hundimiento de la capilla de Santo Tomás, con la cantidad de 500 pesetas, y después ha entregado otras 3.000 al Sr. Gobernador de esta provincia, quien las ha distribuido entre las Casas de Socorro, Asilos del Pardo, de San Bernardino, de las Mercedes; hospital Provincial, Inclusa, Hospicio, Sociedad Protectora de los niños y Hermanitas de los pobres.

— El mundo artístico espera el estreno de dos obras inéditas de Ricardo Wagner, escritas en su juventud.

Una de las dos óperas en tres actos tiene el título de *Las hadas*. Por el género y corte musical no parece de Wagner, sino más bien de Beethoven ó de Weber. Esta ópera será cantada en Munich.

La veda de amor también está escrita en tres actos. Ha sido difícil la lectura de ambas partituras por los estragos que en los papeles ha hecho el tiempo. En opinión de varios compositores, la primera de dichas óperas ha de alcanzar éxito más brillante que el *Rienzi*, del mismo autor.

— La Sociedad española de Higiene ha acordado abrir un concurso de premios para los autores de cartillas higiénicas, en las cuales, descartando las investigaciones de la ciencia y el estudio puramente doctrinario y técnico, se dé al público traducido en reglas prácticas y conclusiones sencillas todo lo que la ciencia ha conseguido alcanzar para prevenir las enfermedades y para mejorar las condiciones higiénicas de la vida.

— Aviso á nuestro Ayuntamiento. En Lossanna, cantón de Vand, Suiza, se celebra una notable exposición de objetos para combatir los incendios.

Las bombas, las escalas y los aparatos todos son de la mayor novedad, revelando nuevos adelantos y muy útiles descubrimientos.

— Según dice la *Gaceta de los Caminos de Hierro*, vamos á tener luz eléctrica casera con las mismas

comodidades, menor gasto y más limpieza que los quinqués y sin depender de compañías, como sucede actualmente con la misma luz y con la del gas.

Un ingeniero francés, residente en Londres, M. D'Humy, ha inventado un sistema de producir la electricidad sin fuerza motriz, por medio de una batería automática, que no hace ruido, y cuyo empleo no exige conocimientos especiales. Una batería de este nuevo sistema, capaz de producir 10 á 50 lámparas de la fuerza de 10 bujías cada una, se puede meter en un armario y no ocupa más que metro y medio de alto por 80 centímetros de ancho. No hay necesidad de tocarla, y con ella se tiene durante 8.000 horas una luz eléctrica que sale más barata que la del gas.

El invento ha costado veintitantos años de trabajo, pero parece resuelto el problema de que cada uno se fabrique en casa su propia luz eléctrica.

— El hundimiento de la catedral de Sevilla, que tanto ha conmovido al mundo católico, será reparado merced á los donativos de dinero que vienen de todas partes. Ya hay recaudadas 90.000 pesetas.

Su Santidad León XIII ha dirigido al Emmo. señor Cardenal Arzobispo de Sevilla el telegrama siguiente:

«Muy contristado el Padre Santo con la espantosa catástrofe ocurrida en ese celeberrimo monumento del arte cristiano, hace votos á fin de que pueda remediarse mediante la beneficencia del Gobierno y la caridad de los fieles, enfervorizando por apostólica bendición á cuantos concurren con sus ofrendas á esa obra reparadora; y para que sirva de ejemplo, contribuye á ella con la cantidad de 10.000 francos. — Cardenal Rampolla.»

NOTAS SUELTAS

En la cocina:

— Elisa, ventila el excusado y prepárame la tina, que voy á bañarme.

En la escalera:

— ¿La señora, está?

— No, señor. Salíó para los baños de Cauteretes.

En la playa:

Un sujeto muy gordo penetra en el mar.

Una voz alarmante: — ¡Retírense ustedes que va á subir la marea!

— Veo, Monseñor, que aquí prepondera lo útil sobre lo agradable, — dijo un caballero visitando al Obispo de Amiens en su jardín.

— Es que para mí — contestó el Obispo — no hay nada tan agradable como lo útil.

EL ORO

Es el más brillante y hermoso de los metales. Solamente contemplarle produce sensación agradable, y según una experiencia familiar y frecuente, una superficie de oro bien bruñida atrae la vista y excita un sentimiento de júbilo, una especie de placer, cuya impresión no es difícil de observar.

La ductibilidad del oro es una de sus mejores cualidades. Según cálculo de Valerio, Reaumur, Lewis y Geofroy, un solo grano de oro da un hilo de quinientos pasos de largo; con una onza de oro se puede dorar un hilo de plata de cuatrocientas cuarenta y cuatro leguas; y un grano, convertido en hojas ó panes, puede cubrir un área de mil cuatrocientas pulgadas.

Es tal su tenacidad, que solamente un hilo de un décimo de pulgada de diámetro, puede sostener quinientas libras de peso sin romperse. De todos los metales es el menos destructible al contacto del aire. El oro se distingue también por la belleza de

los colores y riqueza de tintas que comunica á los esmaltes, á los baños de porcelana, etc. En vista de esto, no es extraño que se haya querido colocar también entre las sustancias medicinales.

El conde de Aranda y un pretendiente.

— ¡Señor...!

— Qué quieres...?

— Protección.

— Protección no la concedo á nadie. Sólo la piden ya los bribones; los hombres de bien no la necesitan.

LA PLATA

Es un metal cuya fórmula química es Ag. Era conocido hace mucho tiempo con los nombres de luna y de diana. Se encuentra en estado de pureza y en muchas combinaciones. Es el metal más blanco de los que se conocen, por razón de la gran cantidad de luz que refleja. Precipitada químicamente, da un color negro agrisado. A los 1.000 grados se funde. Es inalterable en el oxígeno, agua y aire. Los álcalis no le atacan. No tiene ni sabor ni olor. La maleabilidad y ductilidad de la plata están en segundo lugar; y es fácil obtener de ella hojas sumamente delgadas. La tenacidad es considerable, la dureza está entre la del oro y el cobre. El ácido clorhídrico la disuelve, y forma una capa que protege á lo demás del metal.

Se usa para monedas, joyas, vajillas, etc. No se emplea sola; se alía con el cobre para que tenga más dureza. Ley de plata se llama la cantidad que de este metal juntamos con el cobre.

En España la ley es la siguiente: Para monedas, en mil partes, nueve de plata y una de cobre. Para vajillas, en doce partes, once de plata y una de cobre. Para joyas, en doce partes, nueve de plata, y tres de cobre.

Uno de sus compuestos es el óxido de plata, cuya fórmula es Ag-O. Otro compuesto es el cloruro de plata, cuya fórmula es Ag-CL. Otro el nitrato de plata, y además entra en la composición de otras sales.

Es abundante en Méjico y el Perú.

En España existen muchos veneros.

Un niño leyendo el almanaque:

«Luna nueva»...

— Df, papá, cuando hay luna nueva. ¿qué hacen de las viejas?

— ¡Qué talento de chico! pues mira, no se me ocurre que harán con ellas. Tengo que preguntarlo.

LA MONEDA DE HIERRO

Uno de los medios que puso en práctica Licurgo, á fin de establecer la igualdad entre los ciudadanos y desterrar la afición al lujo, fué la proscripción del oro, plata y demás metales preciosos, y para que fuese completa, hizo desaparecer hasta las monedas de estas sustancias, reemplazándolas por otras que se acuñaron espresamente, cuya composición era de hierro; les obligó á abandonar toda industria lucrativa, no haciendo más comercio que entre ellos, manteniéndose exclusivamente de los cuantiosos beneficios que les proporcionaba su fértil suelo y no estableciendo más transacciones que las que eran de absoluta necesidad entre los campesinos y habitantes de las ciudades. Para tan escasos negocios, Licurgo creyó que bastaría la simple moneda de hierro, pero se engañó; la costumbre de la circulación de las monedas de cobre, plata y oro hizo que se menospreciase la de hierro, que ofrecía entre otros muchos inconvenientes el de que para transportar la más pequeña cantidad, era necesaria una gran fuerza. Los historiadores afirman que para



PUERTA DE LA SALA CAPITULAR.

conducir la módica suma de diez *minas*, se necesitaba una carreta.

Plutarco dice que fué tal el enojo de los mercaderes á la vista de estas monedas, que todas cuantas pasaban por sus manos las limaban, adulteraban con ciertos líquidos y las hacían inservibles.

Después de la muerte del legislador Licurgo, se desechó el hierro, y volvieron á servir las antiguas monedas.

* *

En la casa de comidas:

— Estas ostras están secas.

— No puede ser.

— Las que me diste la semana pasada, estaban buenas.

— Pues si son de las mismas.

* *

En paseo:

— A los pies de usted, señora.

— Beso á usted la mano.

— Adios, amigo mío.

— Qué amigos tan finos tiene mi marido. ¿Quién es ese?

— Un preso.

* *

En el arroyo, á media noche:

Municipal. — Eh, buen hombre, ¿qué hace usted ahí tendido? ¡Vamos, arriba!

Borracho. — Espérate, que creo que se me han caído al suelo las piernas.

Municipal. — Vamos, á casa á dormir. ¿Quién es usted?

Borracho. — ¿No lo has conocido? Un hombre libre.



Precio: Caja grande, 3,50 pesetas; pequeña, 2. En Madrid: Al por mayor, D. Melchor García.

JABON REAL VIOLET JABON
DE THRIDACE *único inventor* VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huerfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.

REAL ESTABLECIMIENTO DE MUNICH

PARA LAS ARTES ECLESIASTICAS

MAYER Y C.^a (Londres.)

VIDRIERAS de colores con efigies ó diseños geométricos.
ALTARES, VIA-CRUCIS, PÚLPITOS, ESTATUAS

Pueden admirarse las vidrieras de los Sres. MAYER Y C.^a, en las Catedrales de Burgos y Málaga; en las iglesias de Madrid, Pamplona, Jerez, San Sebastián, Vitoria, etc.



Los Sres. MAYER Y C.^a,
149, New Bond Street, LONDRES,
tendrán mucho gusto en remitir gratis y francos de porte
diseños y catálogos á quien los solicite.